

INFLUENCIA BRITANICA EN EL ORIENTE MEDIO (1839-1962)

EL ORIENTE MEDIO

Aunque la expresión «Oriente Medio» adolece de falta de precisión, se aplica básicamente a las regiones situadas a uno y otro lado del istmo de Suez, incluyendo éste. En la antigüedad tenía que pasar por esta zona prácticamente todo el tráfico entre las dos partes del mundo entonces civilizado, el Mediterráneo y el Oriente. Aunque ahora existen otras zonas de importancia primordial y hay más rutas, el istmo de Suez y las tierras adyacentes mantienen su importancia como el camino más rápido y directo entre Europa y el Oriente. Por esta característica y no por las posibilidades que podían ofrecer a la colonización o al comercio, Gran Bretaña llegó a controlarlas. El dominio británico en el Oriente Medio fué el último vástago de la expansión imperial británica. Tuvo efectividad sólo durante unos tres cuartos de siglo, que comienzan con la ocupación de Egipto en 1882 y se convierten en algo pasado en los años que siguieron a la fracasada expedición de Suez de 1956.

Por definición, el Oriente Medio comprende, pues, esencialmente, los Estados árabes de Asia y los del Valle del Nilo. A veces se incluye a Libia, debido a su carácter árabe, e incluso otras veces a los Estados árabes situados más al oeste. Turquía y Persia se consideran elementos circundantes, pero Etiopía y Somalia se excluyen por lo general. Las páginas siguientes sólo se referirán a la parte esencial, las tierras árabes de Asia con Egipto y el Sudán.

INGLATERRA Y LOS MUSLIMES EN LA EDAD MEDIA

En la Edad Media, las relaciones inglesas con el Oriente Medio se limitan virtualmente a los pocos meses transcurridos, desde junio de 1191 hasta octubre de 1192, durante la cruzada del rey Ricardo Corazón de León en Palestina. Aunque conocido en la historia como el enemigo de Saladino,

el rey Ricardo se anticipó a los posteriores estadistas ingleses en buscar el modo de llegar a un acuerdo útil con los musulimes. Propuso en casamiento de su hermana Joanna, reina viuda de Sicilia, con al-Malik-al-Adil, hermano de Saladino y representante suyo en Palestina. Este proyecto fracasó, a pesar de la aceptación de Saladino, porque Joanna se negó rotundamente a casarse con un infiel. El siguiente rey inglés, Juan, el hermano más joven de Ricardo, procuró ya la alianza con el emir almohade de Marruecos, Mohammad al-Nasir. Era el año 1211, cuando al-Nasir preparó el ataque por el que intentaba destruir el reino de Castilla y conducir a los musulimes hasta Francia. La aplastante derrota del emir en las Navas de Tolosa en el año siguiente nos impide saber si llegado el caso Juan hubiese intentado realmente ayudar a los musulimes en el ataque que planeaban contra el rey Felipe de Francia, salvaguardando al mismo tiempo los dominios que la corona inglesa poseía entonces, por el ducado de Aquitania.

EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII

A partir de esta época, y durante muchos siglos, los contactos ingleses con los musulmanes fueron mínimos. Cuando se reanudaron al cabo, los ingleses aparecen como protectores de los Estados musulmanes, contra las ambiciones territoriales de los pueblos cristianos; los franceses en el Occidente y los rusos en Oriente. La razón es clara: los esfuerzos colonizadores ingleses se dirigían en un principio a Norteamérica. Sus esfuerzos comerciales, principalmente a la India y al Lejano Oriente, donde con el tiempo les llevaron a adquirir la soberanía. Hasta la segunda mitad del siglo XIX, el transporte de tropas y mercancías se efectuaba por el Cabo de Buena Esperanza. En tanto que los Estados musulmanes del Norte de Africa no interfirieron excesivamente la navegación británica por la costa atlántica y el Mediterráneo, ni el paso de correo y de algunos funcionarios importantes por el camino directo de la India, a través de Egipto y Siria, Inglaterra tuvo interés en mantener buenas relaciones con ellos. Era, desde luego, mucho más preferible desde el punto de vista inglés, que las instaladas en aquellas regiones fueran potencias musulmanas débiles, en lugar de potencias europeas fuertes. Inglaterra apoyaba, por tanto, a la potencia otomana contra las invasiones, y cuando se debilitaba peligrosamente prestaba apoyo a los Estados del Norte de Africa—Egipto, Túnez y Trípoli—, que dependían nominalmente de Turquía, y al imperio cherifiano independiente. El curso, epercido por los norteafricanos, provocó represalias algunas veces, pero estas interrupciones

ocasiones se alternaron con prolongados períodos de mutua tolerancia. Cuando un accidente dinástico—el matrimonio de una princesa portuguesa con un rey inglés—aportó un pequeño territorio musulmán de Africa, Tánger, a la corona inglesa, se abandonó simplemente a los musulmanes tras veintitrés años de ocupación. Hacia 1830, sin embargo, se vió hundirse a esta política cuando Francia atacó y destruyó el Estado argelino. Si en esta ocasión Inglaterra no hizo seguir acción alguna a sus muy fuertes protestas diplomáticas fué, probablemente, a causa de que la creciente debilidad de las potencias musulmanas con respecto a las europeas pareció llevarlas a su último e inevitable colapso. Hacia la misma época se aumentó el número de cónsules británicos en el territorio otomano, pero sus fines originarios eran comerciales y no políticos. La primera excepción concreta de la política británica de apoyar a las autoridades musulmanas contra la agresión europea en el Oriente Medio, fué la adquisición violenta, en 1839, del pueblecito pesquero de Aden, cerca de la boca sur del Mar Rojo. Aunque esto condujo al establecimiento de un vago protectorado sobre una amplia zona, el motivo no fué el engrandecimiento territorial, sino el deseo de disponer de una escala para la navegación en la ruta de la India, y la decisión de impedir a cualquier otra potencia europea que se estableciera en la vecindad. Desde luego, en la parte más oriental del territorio, el Hadramaut, los ingleses no ejercieron ningún tipo de autoridad administrativa hasta poco antes de la segunda guerra mundial. El sur de Arabia estaba tan remoto de los centros de la civilización musulmana en el Oriente Medio que el caso produjo poca reacción. Hacia 1840 se sitúa otro ejemplo de la determinación británica de no permitir a ninguna otra potencia europea adelantársele en el Oriente Medio; la arrogación de un vago derecho de protección de los judíos de Palestina, semejante a la que proclamaban ejercer los franceses con respecto a los católicos de Tierra Santa, y los rusos con respecto a los ortodoxos. Fué la primera finta que presagiaba el apoyo prometido al sionismo, unos dieciocho años más tarde, por la Declaración Balfour.

GRAN BRETAÑA ENTRA EN EL ORIENTE MEDIO

El cambio de la política británica se aceleró en la segunda mitad del siglo, por la empresa predominantemente francesa de construcción del Canal de Suez, a la que los ingleses se opusieron con fuerza, a pesar de la clara ventaja que para el comercio británico suponía un camino más directo y rápido hacia el Oriente. Se pensaba que Inglaterra estaría en una posición

mucho menos favorable para defender la ruta del Canal que la del Cabo, donde la superioridad naval británica le aseguraba la ventaja. Sin embargo, una vez más, la siempre creciente unidad de los Estados musulmanes impidió que esta oposición llegase al extremo. En su lugar, surgió una vigorosa corriente para que Gran Bretaña se hiciera con una posición en el Oriente Medio. Esta agitación fructificó en la arrogación británica de la administración de Chipre en 1876. La soberanía seguía perteneciendo en teoría al Sultán otomán, que recibiría un tributo anual de 98.000 libras, y la acción se consideró como de mutua ventaja para ambas potencias. Su verdadero significado se mostró por el hecho de obtenerse la condescendencia francesa por medio del entendimiento de que Inglaterra no obstaculizaría ya el camino, como había hecho anteriormente, a los planes franceses en Túnez. El primer ministro británico, Benjamín Disraelí, denominó a Chipre la llave del Asia occidental. Es dudoso si Chipre llegó a serlo alguna vez; en todo caso es, al menos cierto, que durante los ochenta años siguientes nunca se empleó para abrir ninguna puerta. En realidad, constituyó, hacia 1930 aproximadamente, una de las zonas más descuidadas bajo la administración británica. Únicamente en 1955, cuando se retiraron las tropas británicas de la zona del Canal de Suez, se habló de nuevo de Chipre como base alternativa, probablemente más como un truco engañoso para justificar la evacuación, que desde un punto de vista verdaderamente estratégico. Disraelí, aunque de religión anglicana, era de origen judío y estaba enormemente orgulloso de ello. Sus escritos muestran que también era un convencido prosionista. No resulta, en modo alguno, imposible que estuviese influenciado, como sin duda lo estaban los sionistas posteriores, por el sentimiento de que la posesión británica de Chipre podría resultar un paso útil para la recuperación judía de Palestina.

Seis años más tarde, en 1882, tuvo lugar el completo cambio de la política británica hacia los Estados musulmanes, con la ocupación británica de Egipto, que fué seguida al año por la ocupación francesa de Túnez.

Resulta claro que durante largo tiempo los estadistas británicos no estuvieron demasiado contentos de aquéllo. Hubo una fuerte oposición a la ocupación y luego una demanda igualmente fuerte de rápida evacuación. Si Inglaterra hubiese estado convencida de que ninguna otra potencia europea acudiría allí, se hubiese retirado casi con seguridad en cualquier momento de los siguientes diez años. No fué la hipocresía británica lo que permitió posteriormente a los nacionalistas egipcios obtener setenta declaraciones de las intenciones británicas de retirarse. Pero, como dicen los franceses, «el apetito entra comiendo». La dominación británica de Egipto, la presencia de muchas

tropas y oficiales británicos, cuerpos de administración británica (en teoría, funcionarios egipcios), la introducción de cientos de profesores ingleses y el aumento de los intereses comerciales británicos, crearon inevitablemente un sentimiento de propiedad en las mentes inglesas. Esto aumentó considerablemente y se extendió hacia el sur cuando, en 1898, el Gobierno británico emprendió la reconquista del Sudán, con base nominal y real en fondos aportados por Egipto. El motivo fué, una vez más, no el engrandecimiento territorial, sino el deseo de detener el avance francés hacia Fachoda. La primitiva dependencia egipcia del Sudán se convirtió entonces nominalmente en un condominio anglo-egipcio (1899); en realidad, administrado por un cuerpo de funcionarios británicos especialmente reclutados. De la misma manera que la India era el ejemplo de administración británica en tierras de antigua civilización, el Sudán se convirtió en su ejemplo en los territorios atrasados. En estas circunstancias, el sentimiento de que el país sería siempre británico se extendió rápidamente; en algún momento llegó a suponerse que el Sudán permanecería siempre dentro de la Commonwealth británica, incluso aún obteniendo el autogobierno. El mismo Egipto estaba todavía oficialmente bajo la soberanía turca y el sultán era representado por un alto comisario. El gobernante era nominalmente el jedive o virrey turco, cargo que se había convertido en hereditario, pero la autoridad estaba en manos de un funcionario británico, que detentaba la modesta denominación de agente británico. Fué quizás este estado ambiguo, juntamente con las repetidas declaraciones de las intenciones de retirarse, lo que finalmente dió un sabor particularmente amargo a las relaciones angloegipcias, a pesar de los amistosos contactos individuales entre los miembros de los dos pueblos. Cuando los ingleses comenzaron a considerar a Egipto y al Valle del Nilo como parte de la zona destinada a ser gobernada por Inglaterra, Egipto ya no fué considerado más como parte de las defensas de la India, sino como una zona que debía ser defendida por sí mismo; para lo que la adquisición del sur de Siria, al menos, sería de utilidad. Con el estallido de la primera guerra mundial en 1914, este proceso había avanzado tanto que el gran lord Kitchener, comandante en jefe de la India y entonces agente británico en Egipto, hablaba en una de sus cartas de la posibilidad de crear un virreinato británico en el Oriente Medio, paralelo al virreinato de la India. En aquel entonces la protección británica se había extendido a Muscat y Oman, en el extremo nordeste de Arabia, junto al Golfo Pérsico. En 1854, el sultán de Muscat cedió a Gran Bretaña las islas Kuria Muria, y en 1873 y 1891 estipuló acuerdos por los que se comprometía a no ceder más que a Gran Bretaña y a no permitir la

ocupación de los «dominios de Muscat y Oman o de cualquiera de sus dependencias». En el período transcurrido entre 1854 y 1899 se obtuvieron acuerdos semejantes con los siete pequeños sultanatos situados al oeste de Muscat, que forman la denominada Costa Crucial, con Qatar (8.000 millas cuadradas y 25.000 habitantes), con el más importante sultanato de Bahrein, y finalmente con Kuwait, azotado entonces por la pobreza, como Qatar, pero hoy inmensamente rico debido a los derechos petrolíferos. El chej de Kuwait había solicitado la protección británica en 1897, pero no se le concedió hasta 1899, dos años más tarde, cuando se pensó que Rusia podía intentar establecer allí una estación de abastecimiento de carbón. A cambio de la garantía de no ceder territorio alguno a otras potencias con la excepción de Gran Bretaña, estos pequeños Estados habían obtenido garantía de su independencia contra cualquier ataque por parte de potencias extranjeras o de las vecinas árabes. Una vez más, no hubo tampoco deseo de engrandecimiento territorial ni, antes de los días del petróleo, ventaja económica alguna al adquirir tal territorio. La finalidad era la defensa de la India británica y la protección de su comercio. El control británico sirvió de restricción al estado de guerra marítima local, a la piratería, al tráfico de esclavos y, posteriormente, al tráfico de armas.

DESPUÉS DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Estando así firmemente establecido en el mundo árabe, pareció natural al Gobierno británico en 1918, a fines de la primera guerra mundial, mantener lo que había ya adquirido y extender el dominio británico o el control indirecto sobre las partes importantes del resto de los territorios árabes, de los que el Gobierno turco había sido expulsado. Estas ambiciones estuvieron, sin embargo, limitadas por numerosos factores. Gran Bretaña estaba obligada a Francia y su obligación se especificó en el acuerdo Sykes-Picot de 1916. En segundo lugar, había una obligación hacia el cherif Hussein de La Meca, basada en que en 1916 había organizado el levantamiento contra los turcos. Reflejada en una correspondencia excepcionalmente oscura entre el cherif y el alto comisario británico en Egipto, sir H. Macmahon, se interpretó por él y por todos los portavoces árabes como promesa de apoyo británico para la independencia árabe en toda la zona situada entre el Taurus y el Mar Rojo, con la única excepción de la zona del oeste de Alepo, Hama, Homs y Damasco. En tercer lugar, existía la promesa hecha a lord Rothschild, en la denominada declaración Balfour de 2 de noviembre de 1917. Por ella,

el Gobierno británico se comprometía a hacer sus mayores esfuerzos para establecer un hogar nacional de los judíos en Palestina. En cuarto lugar, estaba la insistencia del Gobierno de los Estados Unidos de que no habría anexiones de territorio.

Cuatro años después se daría la pauta para las próximas dos décadas. Primero, Francia expulsó rápidamente de Damasco, donde había fundado él un reino sirio (1918-1920) al protegido británico Faisal, hijo del cherif Hus-sin. Los levantamientos en Egipto e Irak dieron paso rápidamente a la modificación de los planes británicos para dichas zonas. En 1922, una declaración unilateral británica abolió el protectorado sobre Egipto, que había sido establecido cuando el jedive, al entrar Turquía en guerra contra Inglaterra, se negó a regresar a El Cairo desde Estambul. Se declaró que Egipto era un Estado soberano independiente; el jedivato, que había sustituido al sultanato, se convirtió oficialmente en un reino. Inglaterra, sin embargo, se reservó de manera absoluta cuatro materias: la seguridad en Egipto de las comunicaciones con el imperio británico, su defensa contra la agresión extranjera, la protección de los intereses extranjeros y de las minorías y, finalmente, el Sudán. Se dió satisfacción al punto de vista americano con el artificio de confiar la administración de los territorios árabes, liberados de los turcos, a Inglaterra o a Francia en mandatos negociados y proclamados por la Sociedad de Naciones. Irak, para el que se preveía primeramente un largo período de administración británica, se convirtió en un reino bajo mandato británico. El emir Faisal, desposeído de Siria, fué nombrado rey nominalmente, como resultado de un plebiscito, pero en realidad para satisfacer los deseos británicos. Otros mandatos dieron la administración de Siria y Líbano a Francia, y de Palestina y Transjordania a Inglaterra. Todos estos mandatos debían continuar existiendo hasta que llegase el momento en que los territorios pudieran mantenerse solos «en las difíciles condiciones del mundo moderno». La promesa a los árabes se satisfizo considerándola más bien una promesa a la familia del cherif de La Meca que al pueblo árabe. Se cumplió la promesa sionista por medio del acuerdo británico con la Sociedad de Naciones, de que el mandato de Palestina supondría disposiciones especiales que permitieran a una Agencia Judía trasladar judíos a Palestina. Estas disposiciones estaban redactadas de manera que permitían a este organismo establecer las bases de un Estado judío, aun haciendo todavía posible al Gobierno británico defender, aunque de manera muy poco convincente, que no existía intención alguna de subordinar el noventa y tres por ciento

existente de población árabe, o de violar el principio de autodeterminación que había sido fijado como principio rector del sistema de mandatos.

Al salir con realzado prestigio de una larga y prolongada guerra, el Imperio británico nunca había aparecido más grande y seguro. Sin embargo, en realidad, el proceso que iba a llevar a la transformación de sus territorios sometidos en Estados independientes, durante los cincuenta años siguientes, se había iniciado ya; y al asumir responsabilidades sobre nuevas zonas, el proceso se aceleró en lugar de retrasarse. Pero, mientras tanto, los estadistas británicos modificaron el mapa del Oriente Medio como juzgaron mejor. Se desempeñó un papel muy importante por varias personas de origen no militar, que adquirieron conocimientos especializados en sus intrépidos viajes, uno como arqueólogo y dos como viajeros desocupados y ricos. El primero, cronológicamente hablando, fué sir Mark Sykes. El coronel T. E. Lawrence le describe como «el patrocinador imaginativo de movimientos mundiales no convincentes—un manojo de intuiciones, prejuicios y medio conocimientos»; su idea rectora era la regeneración del Oriente Medio por el renacimiento de las nacionalidades judía, armenia y árabe. En realidad, aportó una contribución personal al sionismo. Elocuente, entusiasta y bien informado, así como relacionado personalmente con los principales ministros, se prometió a sí mismo introducir a sus protegidos sionistas en dichos círculos; y ofrecerles las oportunidades de exponer sus puntos de vista en las condiciones más favorables. Sin su constante incitación y trabajos de zapa, es bastante posible que los ministros nunca se hubiesen decidido a obligar a Inglaterra al apoyo de los fines sionistas. Inmediatamente después de la declaración de Balfour, comenzó a preocuparse seriamente por la «marejada» que produjo. Sin embargo, la muerte prematura le hizo desaparecer antes de darse cuenta de que la declaración no había dado a Inglaterra, como él pensaba, «influencia en las fuerzas sentimentales y vitales del judaísmo», sino al sionismo influencia en las fuerzas sentimentales y vitales de Inglaterra. El más conocido de todos los brillantes *amateurs* cuyos talentos brillaron en el resplandor del ocaso del imperio decadente fué el osado, inteligente, romántico, psicológicamente complejo, pero básicamente impío coronel T. E. Lawrence. Hizo realidad la confirmación de la alianza entre Inglaterra y la dinastía Hachemita de Hejaz y la presentación del movimiento nacional árabe al pueblo británico como una empresa romántica y meritoria; tuvo menos éxito al reunir en su mente la vida beduina y la familia del cherif de La Meca; de manera que la idea persistió en el pensamiento de los estadistas británicos mucho tiempo después de haberse convertido en algo peligrosamente falso. Se cuenta también entre

Estos a la potentada miss Gertrude Bell, que viajó por desconocidas regiones desérticas de Arabia, pero haciéndose enviar los vestidos desde París. Su contribución fué la de ayudar al establecimiento del gobierno Hachemita en Irak. Al ser mujer, su situación en el mundo árabe constituía una anomalía y sus «apariciones» en Bagdad hicieron a veces que el rey Faisal la mirase desdeñosamente. En una ocasión, escribe el coronel De Gaury, íntimo de la familia real, «el rey, con uniforme caqui y sobre un caballo blanco, salió al paso de los palmerales que rodeaban la esplanada de los desfiles para ocupar su posición en el estrado. Mientras marchaba apareció a galope tendido, frenando hasta pararse a su lado, una esbelta figura blanca, con vestido blanco sobre una yegua negra: Miss Bell». Sin embargo, correspondería a sir John Philby, posteriormente conocido con el nombre de Hach Abdullah, que abandonó el servicio del Gobierno, declarar que el único sistema por el que Inglaterra podría ganarse la amistad árabe era dándole su libertad sin trabas de impuestas alianzas. Después de prestar servicio como oficial en la India y en Irak, y posteriormente como consejero del emir Abdullah, Philby abandonó el servicio del Gobierno, se convirtió al mahometismo, estableció un negocio de automóviles en Yedda y se transformó en aventurero explorador del desierto y consejero del rey Ibn Saud. Sin embargo, estaba tan entregado a la dinastía saudí, como el coronel Lawrence a la hachemita; y la dinastía saudí nunca podía ser considerada representante de las aspiraciones de la nación árabe, de la misma manera que tampoco podían hacerlo los hachemitas. Pues el rey Abdelaziz Ibn Saud, como dijo un escritor árabe, era «un verdadero león, pero un león en el desierto», siendo así que las fuerzas vitales de los pueblos árabes a comienzos del siglo XX deberían encontrarse en las tierras fijas y en las grandes ciudades, no en el desierto.

Entre las dos guerras mundiales, la política británica, apremiada constantemente por la presión nacionalista, procuró reemplazar el gobierno impuesto por acuerdos y tratados bajo los cuales el dominio británico se hacía más laxo, hasta limitarse al mantenimiento de bases británicas y de todo tipo de facilidades en caso de guerra. Cada territorio árabe se consideraba como una unidad diferente y excepto en raras ocasiones la zona no fué tratada como un conjunto. Más aún, la responsabilidad se dividió entre los diferentes ministerios y entre los departamentos de estos ministerios. La política británica hacia el Oriente árabe ha de ser, sin embargo, considerada como suma de un número de políticas individuales. Donde se experimentaron menores dificultades fué en el pequeño Estado de Transjordania, en gran parte beduíno. Se mantuvo el libre elemento perturbador de la emigración judía,

y era demasiado primitivo para tener un exceso de vida política. Al seguir considerando la obligación de la correspondencia Hussein-Macmahon como una obligación hacia la dinastía hachemita, más que hacia el pueblo árabe en su conjunto, se colocó en este principado a otro hijo del cherif Hussein, el emir Abdullah, mientras que su hermano Faisal recibía el trono del Irak. El cherif mismo había sido reconocido como rey de Hejaz. Con la ayuda de Faisal se formó el Estado árabe del Irak, en la cuenca del Tigris y el Eufrates, donde hasta entonces había estado situada una abandonada provincia turca. El éxito de este experimento fué, en gran parte, debido al gobernante, cuya muerte prematura en 1933 constituyó una seria pérdida, y a un cuerpo ministerial cuyo mejor miembro era un antiguo oficial del Ejército turco, que durante la guerra abandonó sus obligaciones, Nuri al-Said, que fué dieciséis veces primer ministro. Egipto, cuyo status internacional se decidió por la declaración unilateral británica de 1922, tenía un sistema parlamentario. Los gobiernos eran unas veces nacionalistas (Wafdistas), con claras mayorías, y otros gobiernos que tenían la aprobación del rey y el consentimiento británico pero cuyas mayorías se conseguían por elecciones «amañadas». En 1923, el asesinato en El Cairo del gobernador general del Sudán que también era comandante en jefe en Egipto, condujo a un ultimátum. Impuso éste la retirada de todas las fuerzas egipcias del Sudán y estableció el derecho de aumentar la cantidad de agua del Nilo para riego en el Sudán, a expensas de Egipto. La prosperidad general y el progreso de este país no se vieron, sin embargo, afectados por estos incidentes. Finalmente, en 1936 se firmó un tratado entre Inglaterra y un gobierno representativo. Inglaterra se comprometía a trasladar sus tropas de El Cairo y Alejandría a la zona del Canal, a ceder la protección de los intereses y de las minorías extranjeras al Gobierno egipcio, a permitir, prácticamente sin restricción la inmigración egipcia al Sudán y a patrocinar la entrada de Egipto en la Sociedad de Naciones, de la que Irak era miembro desde 1932. Este tratado abrió un período de relativa armonía.

La mayor parte de Arabia disfrutó de plena independencia como reino de Arabia Saudita. Fué éste creado por el emir Abdelaziz Ibn Saud de Najd. Ayudado económicamente por Inglaterra durante la primera guerra mundial, se le permitió la anexión del reino de Hejaz (1926), cuando el viejo cherif se negó a admitir que se habían cumplido las promesas británicas. Sin hacer exigencia alguna de control administrativo, Gran Bretaña mantuvo una posición privilegiada en Arabia Saudita y fué la falta de energía, no la falta de oportunidades, lo que llevó al desarrollo de los inmensamente valiosos

terrenos petrolíferos por los Estados Unidos en lugar de Gran Bretaña (concesiones de 1933 y 1939). El inevitable resultado de este último giro fué un fuerte crecimiento de la influencia americana a expensas de la británica.

EN VÍSPERAS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

El gran éxito material de la dominación británica en Palestina se vió comprometido seriamente por las dificultades políticas que supuso. El crecimiento del hogar nacional judío, estimulado por la persecución nazi, llevó a una intensificación de la actividad sionista y de la inmigración judía. Esto hizo que la amenaza al futuro de la mayoría árabe apareciese inminente. Por consiguiente, la población árabe, cuyo propio crecimiento había sido fomentado por la importación de capital y por el estímulo intelectual del hogar nacional judío, situado en medio de ellos, se alzó en rebelión. Una Comisión real británica informó, cuando era desde luego evidente, que las dos exigencias del mandato de Palestina, la promoción de un hogar nacional y la conservación de los derechos árabes, eran incompatibles con el mantenimiento de la paz. Los miembros de la Comisión llegaron a recomendar un sistema de partición por medio del cual las zonas más ricas del país se convertirían en un Estado judío y el resto en uno árabe. Con algunas reservas, el Gobierno británico, por primera y única vez, admitió la legalidad de una solución que permitiría el establecimiento de un Estado judío sin necesidad de acuerdo árabe. Sin embargo, a los pocos meses, el desatino de oponerse al mundo árabe en un momento en que la guerra con los nazis era probable, llevó a segundos pensamientos. Tras fracasadas consultas con los representantes árabe y judío, palestino y no palestino, en 1939 el Gobierno publicó un libro blanco sobre su política. En esencia declarábase que, de acuerdo con el significado de la Declaración de Balfour, se consideraría establecido un hogar nacional cuando la población judía, con la admisión de otros 75.000 inmigrantes, formase ya un tercio de la población total. A partir de entonces, la inmigración de más judíos dependería del consentimiento árabe; mientras tanto, se dictarían regulaciones para controlar la venta de tierras a los judíos, con objeto de proteger a los cultivadores árabes. Con respecto a la futura constitución, se consideraría adecuada una legislatura electiva (que presumiblemente contendría mayoría árabe). Sin embargo, este avance debería ser sometido a la opinión pública en Palestina para que se comprobase si era favorable. Con esta declaración el Gobierno había avanzado un gran trecho hacia el punto de vista árabe, pero al mismo tiempo mantenía muchas opor-

tunidades de retirarse si así se deseara posteriormente. Su publicación, combinada con el agotamiento de la población árabe después de la supresión de los alzamientos, sirvió para mantener la paz durante la guerra. Un propósito similar se persiguió en Egipto por el Tratado de 1936; aunque el hecho de que en febrero de 1942 se rodease el Palacio Real con tanques británicos para obligar a un cambio de ministerio produjo un choque al sentimiento nacional egipcio, por el que posteriormente habría de pagarse un elevado precio. Pocos meses antes, en abril y mayo de 1941, un levantamiento antibritánico y antihachemita en Irak fué eficazmente reprimido, debido a la preocupación nazi en otra parte. La fuerza motivadora del alzamiento era el nacionalismo local, pero el resentimiento por la introducción de inmigración judía en Palestina constituyó una contribución muy fuerte, estimulada por la presencia en Bagdad del dirigente palestino refugiado Mufti de Jerusalén, Hach Amin al Hussaini. Pronto se restauró a los hachemitas; y algunos cabecillas fueron ahorcados. El Mufti escapó a Persia y el régimen anterior y las relaciones angloiraquíes reanudaron su curso con pocos cambios exteriores y con casi completa ausencia de medidas punitivas.

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Durante la Segunda Guerra Mundial, se debió deliberadamente a la política británica que ni el Irak (a pesar de la presión de Nuri al-Said después de la restauración hachemita), ni Egipto (con la excepción de las baterías antiaéreas del Canal) tomasen parte alguna en la lucha. Hasta cerca de la terminación de la guerra se consideró mejor mantener a Egipto neutral para minimizar el peligro del bombardeo de los cuarteles generales británicos. Además, en el caso de ambos países, la formación y entrenamiento de tropas hubiese supuesto una serie de complicaciones que eran técnicamente injustificadas, ya que no había escasez de hombres que pudieran ser entrenados con mayor facilidad. Sin embargo, la medida tuvo el efecto de no causar la simpatía y el entusiasmo que surge con la participación en la lucha, aunque por otra parte los países implicados estaban, pese a todo, sometidos a todas las pruebas y penalidades de tiempos de guerra. Probablemente existía también en la mente del Gobierno británico el resentimiento de que tales tropas podían emplearse después de la guerra para ayudar a un alzamiento nacionalista o contra el hogar nacional. En Palestina, por otra parte, debido a la fuerte presión sionista, se organizaron tropas con entusiasmo por parte de los judíos, que se alegraban naturalmente de luchar contra los alemanes;

y apáticamente por parte de los árabes, que pensaban que el sionismo era una amenaza mucho mayor para su existencia que los nazis. En un libro de un escritor judío se ofrece un asombroso relato que describe el empleo hecho por las tropas judías de Palestina a la terminación de la guerra, y de las facilidades que habían disfrutado, como unidades de las Fuerzas Armadas británicas, para derrotar a la política británica con respecto a Palestina y apoyar la inmigración ilegal judía. Las oportunidades que aportó la guerra fueron también empleadas por los sionistas para procurarse armas. Políticamente, la posición se mantuvo congelada mientras duró la guerra y los sionistas se preparaban activamente para la futura lucha, y los árabes permanecían inactivos. En dos cuestiones, sin embargo, el Gobierno británico dió algunos pasos para conciliar la opinión nacionalista árabe en un terreno más ancho. Después de la expulsión del Gobierno francés de Vichy del Levante, en 1941, los británicos insistieron para que el Gobierno francés libre cumpliera la promesa de independencia que habían hecho antes de entrar en Siria. Pero hay que atribuir ésto no tanto al Foreign Office como al representante británico en los Estados de Levante, sir Edward Speare. Sin ser un diplomático de carrera, pero gozando de la confianza del primer ministro, fomentó una política favorable a los árabes, a pesar de las vacilaciones y objeciones de los funcionarios del Foreign Office en Londres. El segundo paso fué la aprobación, en mayo de 1941, de las aspiraciones árabes hacia una «más fuerte unidad cultural, económica y política», según se expresó el ministro de Asuntos Exteriores, Mr. Eden. El resultado fué la formación, en 1944-1945, de la Liga de Estados Arabes:

DESPUÉS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

En 1945, Gran Bretaña salió victoriosamente, una vez más, de una prolongada y terrible guerra, cuya carga había soportado durante mucho tiempo sin ayuda alguna. Su esfuerzo material había sido en gran parte disminuído por la inmensidad del esfuerzo de guerra. Su importancia se había visto disminuída relativamente por el enorme crecimiento de la industria y potencia americana y rusa. Preocupada por los problemas más importantes del establecimiento de la paz y por los problemas de la guerra fría, las relaciones de Inglaterra con el mundo árabe se agriaron tan pronto como se terminó el período de luna de miel que siguió a la formación de la Liga Arabe. No se hizo esfuerzo alguno para anticiparse a las exigencias del nacionalismo egipcio, retirando inmediatamente las tropas británicas de la capital a la

zona del Canal, según se había acordado en el Tratado de 1936. Más aún, se manifestó un curioso recelo a reconocer que la formación de la Liga Árabe, cualquiera que fuesen las disputas entre sus miembros, era un signo de creciente amalgamación del nacionalismo egipcio con el árabe. Desde luego, hay significativas diferencias entre el carácter y los puntos de vista de los egipcios y los de los árabes de Asia y del Magreb. Antes del siglo XIX no se dudó nunca, sin embargo, que Egipto era el centro, o al menos uno de los dos o tres grandes centros del mundo árabe. Su preeminencia intelectual, su riqueza agrícola, su situación geográfica y la Universidad al-Azhar aseguraban lo anterior. Fué el particularismo introducido por el establecimiento de la dinastía de Mohamed Ali, seguido por la ocupación británica, lo que creó en Egipto, así como en las mentes europeas, la impresión de que Egipto podría tener una existencia faraónica independiente, ignorando al resto del mundo árabe. Incluso también el crecimiento material y la atmósfera cosmopolita que se desarrolló bajo el jedive Ismail y continuó con la ocupación británica, hizo de El Cairo una gran ciudad internacional. Adquirió con respecto a los habitantes del Medio Oriente algo de la atracción que París tiene para los occidentales—centro que atrae a pensadores, artistas, soñadores, nacionalistas y revolucionarios de todos los territorios árabes o del Oriente Medio y del Magreb. Como el nacionalismo se extiende desde Europa hacia el Oriente, el nacionalismo árabe encontró en El Cairo un medio donde podía desarrollar las formas más lujosas y extravagantes.

LA SOLICITUD DE LOS TRATADOS

A la terminación de la Segunda Guerra Mundial, difícilmente entraron tales consideraciones en los cálculos del Gobierno británico. Pensaron simplemente en el problema de mantener la política ya tradicional entonces; significaba esto modificar periódicamente los tratados existentes, hacerlos más ágiles y con menos posibilidad de objeciones para los sentimientos nacionalistas, mientras que se conservaban al menos lo que se consideraban necesidades británicas esenciales, tales como las bases fundamentales y el derecho de entrar y circular en caso de guerra. Se consideraron que estas necesidades tenían gran relevancia, debido a la guerra fría y a la importancia que la industria petrolífera del Oriente Medio estaba adquiriendo. Así, encontramos que los esfuerzos británicos durante los primeros cinco años a partir de 1945 se consagraron al intento de negociación de nuevos tratados con Egipto, Irak y Jordania y a llegar a un establecimiento de compromiso en Palestina. El

ministro encargado de esta labor fué Ernest Bevin, ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno laborista, que entonces tenía por primera vez la responsabilidad del Gobierno; aunque era un negociador de extraordinaria habilidad y el único ministro británico de Asuntos Exteriores que llegó a persuadir a los árabes de su verdadera buena voluntad hacia ellos, encontró trabas en la actitud que el partido laborista había adoptado mientras estaba en la oposición. Encantado con el aspecto socialista de la gran organización laborista, Histadrut, el partido laborista británico se unió fuertemente al sionismo, llegando hasta manifestar que los árabes deberían salir de Palestina y los judíos entrar. Aunque Mr. Bevin estaba apoyado por el primer ministro, Attlee, las convicciones de los miembros de su partido eran como grilletes que le sujetaban los pies cuando quería negociar con los árabes. No fué sólo su auténtico apoyo al sionismo lo que hizo las cosas difíciles, sino también el hecho de que habían absorbido profundamente el recelo de los árabes y el odio hacia la unidad árabe, que eran artículos de fe para los sionistas y por consiguiente para una gran parte del público británico. Desafortunadamente para Mr. Bevin, puede decirse de él lo mismo que del presidente norteamericano Truman, que constantemente anulaba los actos del Departamento de Estado en su ansiedad de conciliarse con los votantes judíos. Estas circunstancias afectaron a todas las negociaciones con los árabes, no solamente las referentes a Palestina. En Egipto, a fines de la guerra, Gran Bretaña mantenía todavía relaciones de amistad con el corrompido régimen del rey Faruk. Este no tenía ni la consistencia ni el prestigio popular suficientes para imponer acuerdo alguno a que se llegase con Inglaterra. El tratado de laboriosa negociación de 1946 quedó en nada debido a protestas y desórdenes, primeramente en Sudán, donde el acuerdo causó indignación, porque estaba destinado a confirmar la soberanía egipcia sobre dicho país; después, en El Cairo, donde la opinión pública, confiada en una declaración del primer ministro británico para calmar la opinión sudanesa, manifestó su resentimiento por el hecho de que no se emitiera. A partir de aquel momento las relaciones angloegipcias continuaron empeorando y degeneraron finalmente en un estado de guerrillas intermitente en la zona del Canal, donde habían sido finalmente concentradas las tropas británicas. El 26 de enero de 1952, después de que las tropas británicas mataron gran número de policías auxiliares egipcios que se habían negado a aceptar el ultimátum británico, estos disturbios culminaron en un día de anarquía en El Cairo, durante el cual varios residentes británicos fueron muertos y hubo numerosos incendios de propiedades (la mayoría extranjeras). En el caso del Irak, también un tratado,

negociado en 1947, no se ratificó nunca debido a un estallido de violencia popular en Bagdad. Únicamente se negoció con éxito un nuevo acuerdo y se concedió el título de rey al emir Abdullah. Como la Arabia Saudita ya era plenamente independiente, no fueron necesarias allí negociaciones algunas. Con el desarrollo de la gran compañía petrolífera americana ARAMCO, la influencia británica disminuyó. Desde luego, en aquella época, el rey Ibn Saud dijo a un estadista británico que visitaba el país que todavía prefería tratar con los ingleses, pero que iba encontrando cada vez más difícil «amar a un duende».

El fracaso para llegar a un compromiso fué completo en Palestina. La persecución de los judíos por Hitler elevó los sentimientos sionistas a un estado febril y aumentó así la presión sobre el gobierno británico. Los intentos de detener el influjo de inmigrantes judíos a Palestina fueron fácilmente presentados ante la opinión mundial como una injusticia monstruosa. Por otra parte, esta opinión mundial, ni supo ni se preocupó por los campesinos árabes de Palestina a los que esta corriente de inmigración iba a desposeer de sus tierras. Verdaderamente, la propaganda sionista había conseguido crear en el mundo la impresión de que la mayoría de los árabes de Palestina eran nómadas, aunque en realidad los beduinos sumaban únicamente unos pocos cientos, dentro de una población cedentaria de aproximadamente un millón de ciudadanos y campesinos. Ya en 1944, el terrorismo judío había comenzado en gran escala. El contraste de la reacción británica, comparado con lo que había sido en el caso de un anterior terrorismo árabe, fué notable. Un fracasado atentado contra la vida del Alto Comisario británico en Palestina en agosto de 1944, y el asesinato del ministro británico de Estado en el Oriente Medio en noviembre de 1944, llevados a cabo por dos judíos palestinos en El Cairo, no produjo más reacción que expresiones verbales de horror. Los árabes contrastaron esto con la ocasión en que un comandante en jefe británico fué asesinado en El Cairo en 1923, y el consiguiente ultimátum insistió en una reparación, indemnización, la retirada de las tropas egipcias de Sudán, y como castigo, el derecho de extraer agua para el Sudán a expensas de Egipto. Además, de no ser por la presencia de espíritu de un policía egipcio los dos sionistas implicados habrían escapado dejando la impresión de que el crimen era obra de egipcios, como no dudaron en hacer posteriormente para levantar la opinión británica contra los árabes. En la misma Palestina, el asesinato de un comisario de distrito británico en 1937 fué seguido por el arresto de 200 ó 300

notables y la deportación a Seychelles de muchos miembros del Alto Comité Árabe, que pudieron ser detenidos.

LA PRIMERA RETIRADA.

Después de tres años de vanos esfuerzos, el Gobierno británico, incapaz de llegar a un compromiso, decidió ceder el mandato de Palestina a las Naciones Unidas, consideradas como sucesoras de la difunta Sociedad de Naciones, por la que había sido establecido. Esta política de retirada podía apoyarse en varios argumentos. Justamente, podría afirmarse que la empresa de facilitar el establecimiento de un hogar nacional judío en Palestina se había cumplido; si los sionistas querían ahora convertirlo en un Estado, no era asunto del gobierno británico ayudarles. Los árabes, por otra parte, constituían todavía unos dos tercios de la población; tenían aliados en los Estados árabes adyacentes y podía afirmarse que no habían sido subordinados a los judíos. No faltaron, desde luego, voces que acusaron al gobierno británico de traicionar a los árabes en favor de los sionistas y otros que les acusaron de traicionar a los sionistas en favor de los árabes. El hecho es que los dirigentes de ambos bandos presionaban a los británicos para que se retiraran. Y a la retirada, como era muy probable, seguiría la lucha; ambos bandos estaban por lo menos tan igualmente empatados, que el resultado era incierto. Era, sin embargo, una resolución tristemente poco gloriosa; tras esto, existía sin duda la creciente certeza de que Inglaterra no podría mantener ya su posición ahora muy extendida. Gracias a los deseos americanos de obtener partidarios por un lado, y al cambio brusco de la política soviética (que probablemente vió aquí una magnífica oportunidad para complicar al Occidente) por otro, las Naciones Unidas aprobaron una resolución que recomendaba una forma de partición; pero no señalaron ningún procedimiento coactivo para llevar a cabo esta decisión. Como era de esperar, se enzarzó la lucha; en ella, las líneas internas judías de comunicación con su entrenamiento y resolución superior chocaron contra la falta de resolución y desunión de los árabes, lo que dió la victoria a los sionistas—y no solamente la victoria, sino también parte del territorio asignado por las Naciones Unidas a los árabes, con el resultado de que un millón de árabes se convirtieron en refugiados. Estos refugiados bajo los auspicios de la O. N. U. han sido hasta el momento actual mantenidos durante más de catorce años en campos de concentración, dirigidos por la U. N. W. R. A., pero mantenidos principalmente con fondos aportados por Gran Bretaña y los Estados Unidos, que tácitamente reconocen su responsabilidad en la ca-

tástrofe. Se permitió al dirigente transjordano anexionarse las porciones de territorio de Palestina que no habían caído en manos de los sionistas. Esta antigua ambición suya había sido una de las causas fundamentales de la desunión árabe y el infeliz monarca lo pagaría con su asesinato por los nacionalistas, únicamente tres años después (1951). Al terminarse la guerra se concluyó un incómodo armisticio, que hasta hoy no se ha convertido todavía en paz. Existe un completo bloqueo árabe de las tierras fronterizas, y únicamente unos pocos diplomáticos y otras personas privilegiadas pueden pasar en un punto de Jerusalén desde Israel a los vecinos Estados árabes o viceversa. En 1950, los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia quisieron por medio de un pacto tripartito «impedir la violación por la fuerza de cualquier frontera o línea de armisticio del Oriente Medio» y equilibrar en suministros de armas a los Estados árabes con un suministro correspondiente de armas a Israel.

LA PROPUESTA ORGANIZACIÓN DE DEFENSA DEL ORIENTE MEDIO Y LA REVOLUCIÓN EGIPCIA.

A pesar del fracaso de los nuevos tratados para obtener unas bases satisfactorias de las relaciones angloárabes, Gran Bretaña se ha unido a los Estados Unidos a partir de 1950 en esfuerzos persistentes y prolongados para organizar una Organización de Defensa del Oriente Medio, destinada a actuar como barrera contra la posible infiltración o agresión soviética. El intento de forzar la entrada de los Estados árabes en tal organismo fué finalmente la causa de un mayor desastre.

La fracasada lucha de Palestina, en la que Egipto, como los otros Estados árabes, había tomado parte, juntamente con el firme desarrollo de la educación y de la capacidad técnica, actuó como gran estimulante en la profunda transformación, que iba a producirse en Egipto y a extenderse por todo el Oriente Medio árabe. En julio de 1952, un grupo de jóvenes oficiales organizó un golpe militar, depuso al rey Faruk y terminó con el régimen pseudo parlamentario que había sido heredado del período de gobierno británico. Al año siguiente, la misma monarquía fué abolida. Inglaterra no se opuso a ninguna de estas operaciones. Los oficiales que habían hecho la revolución, como toda la joven generación del mundo árabe, habían crecido en una atmósfera de resentimiento constante contra la política británica. Nunca habían olvidado el episodio de 1942, cuando el palacio del rey fué rodeado por tanques británicos. En 1948 se habían visto humillados por la mala dirección y el fracaso de su propio gobierno durante la campaña de

Palestina. Encontraron un líder en el joven coronel Gamal Abdel Nasser (comúnmente conocido en Inglaterra como coronel Nasser), que combinaba el patriotismo egipcio con el nacionalismo árabe, y encontró en ello la clave de su política exterior. Originado en una revolución republicana y defendiendo un nacionalismo árabe e islámico de tipo socialista, el futuro del movimiento revolucionario tuvo gran atractivo para los jóvenes de todas las partes del mundo árabe. El régimen tenía, por otra parte, poca utilidad para los anticuados dirigentes regionalistas y dinásticos, como los de las dinastías hachemitas, de la Arabia Saudita y yemení o para los jefes menores del Golfo Pérsico, de quienes se pensaba que ponían sus propios intereses sobre los de la hipotética nación árabe. Industrial y económicamente débil, el régimen egipcio se basó ampliamente en una violenta propaganda de radio y en la difusión entre las masas de slogans nacionalistas, tanto fuera como dentro de Egipto, lo que fué considerado por un número de gobernantes como guerra subversiva. El fermento de nuevas ideas fué fomentando en todo el mundo árabe oriental y Libia por la diáspora de los profesionales, intelectuales y técnicos palestinos, que llevaron y extendieron la desconfianza en la política británica, que les había privado de su país. Los regímenes dinásticos, no atreviéndose a desaprobado en público estas expresiones nacionalistas, abrigaron, sin embargo, en secreto una profunda desconfianza hacia los nuevos dirigentes egipcios. El gobierno británico tenía una mente relativamente abierta. No se mostraron calurosos, pero estaban dispuestos a dar una oportunidad al nuevo régimen. Los jóvenes, esbeltos y enérgicos oficiales, extremadamente modernos, formarían un grupo de negociadores muy diferente de los gordos, corruptos e indolentes pachás que les habían precedido. Pero, aun siendo mucho más determinados, eran también mucho más realistas. Valía la pena seguir el camino para llegar a un acuerdo.

Así, en enero de 1953, menos de un año después de la revolución, se llegó finalmente a un acuerdo sobre el futuro del Sudán. Ambos países acordaron permitir a los sudaneses que determinaran su propio futuro, después de un período de administración neutral durante el que los oficiales británicos serían retirados. Bajo la supervisión de las Naciones Unidas, los sudaneses tuvieron que elegir entre la completa independencia y algún tipo de unión política con Egipto. A consecuencia de esto, el primero de enero de 1956, el Sudán se convirtió en un Estado independiente, sin relación política con Inglaterra o con Egipto, pero adhiriéndose a la Liga Árabe. En octubre de 1954, veinte meses después de haberse alcanzado el acuerdo

sobre el Sudán, se llegó también a la evacuación de las tropas británicas de la zona del Canal. Inglaterra podía mantener almacenamientos militares en zonas concretas, que serían guardadas por contratistas civiles, y se le reconocía el derecho de restablecer la base en caso de agresión contra cualquier Estado árabe del Oriente Medio, o contra Turquía. La inclusión de este último país constituyó un considerable éxito británico, que presagiaba un acercamiento entre Turquía y Egipto. Aunque ciertas acciones y manifestaciones de la junta revolucionaria dieron motivos para sentirse preocupados, pareció llegarse a un nuevo punto de partida, en que la larga desconfianza mutua entre los estadistas egipcios y británicos podría disminuir, y comenzar una nueva era más feliz.

El 2 de septiembre, muy poco antes de la firma del tratado, el consejo de mando revolucionario declaró que Egipto apoyaba al Occidente, aunque no llegaría a ningún acuerdo completo. La única gran amenaza de la zona, añadió, provenía de los soviets.

LA EXPEDICIÓN A SUEZ

Volviendo la vista atrás, con los conocimientos de hoy, hacia estos acontecimientos parece sorprendente que el acercamiento angloegipcio no prosperase. Es difícil ver por qué el nacionalismo árabe pudo haber constituido un espantajo para los estadistas británicos. No está claro que amenazara algún derecho británico fundamental o que su aceptación fuera imposible. Quizás la razón fué que los nacionalistas árabes miraban casi invariablemente a Inglaterra con ojos amargados por los engaños pasados, y que los estadistas británicos miraban al mundo árabe con ojos que habían sido enseñados a considerarlos fundamentalmente desde tres puntos de vista—desde el de la guerra fría; desde el de los sionistas, que estaban asustados de que un mundo árabe unido pudiese poner fin a sus sueños; y desde el de los aliados hachemitas de Inglaterra, que consideraban las tendencias republicanas del socialismo árabe, favorecidas por el presidente Nasser, como probables amenazas, a la larga, para el mantenimiento de la dinastía.

Cualesquiera que sean las causas, el drama de las relaciones anglo-árabes iba marchando ahora rápidamente hacia su trágico punto culminante con algo de la inevitable concatenación de acontecimientos de la tragedia Edipo de Sófocles, ocupando el puesto de rey maldito por el destino el predestinado sir Anthony Eden, quien en aquel momento era ministro de Asuntos Exteriores y sería en 1953 primer ministro. Como en el drama del poeta griego, la

tragedia personal resulta de una combinación de circunstancias externas y del carácter del protagonista. En Oxford, sir Anthony había estudiado árabe y fué él quien, en 1941, emitió la declaración británica en favor de la unidad árabe. Pensó que esto le hacía acreedor de la gratitud de los árabes y sufrió los continuos fracasos de sus esfuerzos para promover la creación de una Organización de Defensa del Oriente Medio, bajo la égida británica; proyecto al que el coronel Nasser pareció oponerse, tanto después como antes del acuerdo del Canal de Suez. Como primer ministro, le cupo a sir Anthony el destino de suceder a sir Winston Churchill, a quien había servido brillantemente y durante largo tiempo como ministro de Asuntos Exteriores. Hubiese querido, naturalmente, mostrarse tan resuelto al tomar decisiones como había sido al ejecutar las de su predecesor. Antes de la guerra había dimitido de un Gobierno que estaba dispuesto a ceder a Mussolini; la oportuna oposición a los dictadores se había hecho un presupuesto básico suyo. Tuvo el destino de ocupar el puesto en un momento en que era amenazado por serias enfermedades.

El desenlace del drama anglo-árabe empezó en febrero de 1955, con un ataque masivo de israelitas contra la ciudad de Gaza, en manos de los egipcios con 200.000 refugiados. Esta fué la réplica a una serie de pequeños ultrajes terroristas a Israel llevados a cabo por refugiados palestinos de Gaza, presumiblemente con la connivencia de las autoridades egipcias. Los recelos israelitas aumentaron con el tono de los mensajes radiados egipcios y con su miedo a la campaña del presidente Nasser en pro de la unidad árabe. A su vez, el ataque aumentó la irritación egipcia contra el racionamiento británico de armas, que se basaba en el acuerdo tripartito destinado a establecer la paridad de armamentos entre Israel por un lado y el conjunto de los Estados árabes por otro. Casi al mismo tiempo que el ataque tuvo lugar la firma de un pacto turco-iraquí. Se estipuló durante una visita del primer ministro turco a Bagdad y por iniciativa iraquí. Como el tratado anglo-iraquí de 1930, válido para veinticinco años, iba a extinguirse, era esencial para el régimen iraquí satisfacer a la opinión pública concluyendo un tratado de sustitución más favorable que el abortado de 1946. El secretario de Estado americano, Dulles, habiendo fracasado en el establecimiento de una Organización general de Defensa del Oriente Medio, concibió la idea de una «línea norte», que se formaría con los Estados musulmanes adyacentes o cercanos a la Unión Soviética. Irak era el único Estado árabe que entraba en esta categoría. Pareció a los dirigentes iraquíes que su adhesión a este grupo podría estimular a Inglaterra tanto a interpretar el pacto tripartita

más liberalmente en favor del Irak en cuanto hacía referencia al suministro de armas, como a hacer concesiones en el asunto de las bases aéreas británicas que existían en territorio iraquí. El Gobierno británico se vió al principio desconcertado de este paso, que no se esperaba en aquel momento. Aunque el proyecto en sí mismo era aceptable, se supo que no sería en modo alguno bien recibido por el Gobierno egipcio. Este había impedido que un proyecto de este tipo entrase por la puerta grande; no era, por tanto, verosímil esperar la bienvenida de un sustitutivo por la puerta de atrás. Los escrúpulos británicos desaparecieron pronto; ya el 4 de abril el Gobierno se había asociado con el nuevo acuerdo y Nuri tenía ya su nuevo tratado. Con ello se entregaron al Irak las bases aéreas británicas, aunque Inglaterra conservó ciertas facilidades y el derecho de restablecimiento. En octubre, el Pacto de Bagdad, que disfrutaba de fuerte apoyo por los Estados Unidos, estaba formado por Inglaterra, Irak, Turquía, Pakistán y Persia. Pero el precio pagado era muy alto. Las perspectivas de un acercamiento turco-egipcio desaparecieron de la mañana a la noche; una nueva agriedad y desconfianza envenenó las relaciones angloegipcias. Posteriores ataques israelitas aumentaron la irritación egipcia ante las insistencias británicas sobre el pacto tripartita, que limitaba el aprovisionamiento de armas a Egipto a una fracción de las que se permitían para Israel. El 27 de septiembre de 1955, la satisfacción de los Estados Unidos y de Inglaterra ante el Pacto de Bagdad recibió el golpe más duro de todos cuando el Gobierno egipcio anunció una compra en gran escala de armas provenientes de Checoslovaquia. El presidente Nasser había seguido rápidamente el ejemplo de entrar de contrabando por la puerta trasera las mercancías que no podía hacer pasar por la puerta principal. Los gobiernos anglosajones se vieron llevados ahora a recuperar sus puestos por ofrecimientos en otros campos. En el tradicional Guildhall Speech, en noviembre de 1955, sir Anthony, primer ministro desde el 6 de abril, creó la sensación proponiendo que las fronteras de Israel deberían reajustarse algo más a las que le asignó la resolución de las Naciones Unidas que, aparte de la conquista militar, era lo único que daba legitimidad a la existencia del Estado. Una gran porción de refugiados podría así tener la posibilidad de volver a su hogar. Aunque hubo reservas en dicha declaración, constituyó una iniciativa de gran resonancia, que de haber continuado habría cambiado totalmente las relaciones de Inglaterra con el mundo árabe. Fué, desde luego, bien recibida por los Estados árabes, aunque con el recelo aconsejado por la experiencia del giro de anteriores declaraciones favorables de la política británica, desde el libro blanco Passfield de 1930 hasta el documento Macdonald de 1939,

cuando éstos fueron mal recibidos por los sionistas. En realidad, la propuesta no fué presionada abiertamente por objeciones de los sionistas y de sus amables partidarios en los Estados Unidos e Inglaterra, pero se difuminó al cabo de las mismas semanas que tardó en desaparecer el libro blanco Macdonald, hacía años. El único resultado en el mundo árabe fué la confirmación de la creencia en la desconfianza de las declaraciones británicas, cuando éstas eran bien recibidas por los sionistas. Los dos Gobiernos anglosajones hicieron también otra oferta a Egipto en otro campo. En diciembre de 1955 se ofreció, sometido a ciertas condiciones, un empréstito de setenta millones de dólares para financiar la construcción de la gran presa de Assuan, que constituía el proyecto más ambicioso para el Gobierno egipcio; en febrero, el Banco Internacional anunció que estaba dispuesto a hacer posible un empréstito de otros doscientos millones de dólares. Antes de que concluyeran las negociaciones, sin embargo, las relaciones angloegipcias empeoraron como resultado de una iniciativa del pequeño Gobierno hachemita. En diciembre, las autoridades jordanas preguntaron al Gobierno británico que especificase las ventajas que podían esperar obtener de su adhesión al Pacto de Bagdad. Era, desde luego, perfectamente cuestionable que Jordania pudiese obtener algún provecho y que una política de cooperación con los anglosajones podría ser el mejor medio de separarle de Israel, como desde luego podía decirse que había sugerido el discurso de sir Anthony. Esta no fué, sin embargo, la reacción de los desposeídos palestinos, que formaban ahora la mayoría de la población jordana. La llegada a Amman del jefe británico del personal general imperial provocó violentos y continuados desórdenes, estimulados por una burda campaña de radio El Cairo. Pese a todo su valor, el joven rey tuvo que ceder y un Gobierno recién formado declaró que se abandonaba la propuesta. En marzo del año siguiente, el rey fué obligado, además, a conciliarse con el nacionalismo árabe, haciendo cesar bruscamente al comandante en jefe británico de su Ejército, el famoso jordanófilo general Glubb.

La tensión entre Inglaterra y Egipto se hizo muy grande; y en julio de 1956 el secretario de Estado americano, Dulles, alarmado por la llegada de instructores comunistas para entrenar a las fuerzas egipcias en el uso de las armas adquiridas tras el telón de acero, decidió repentinamente aplicar el palo en lugar del guante. En el mismo momento en que era inminente el acuerdo con Egipto sobre el préstamo de la gran presa, el Gobierno de los Estados Unidos, seguido inmediatamente por Gran Bretaña, retiró repentinamente su oferta basándose en la debilidad financiera de Egipto. El resultado a la larga de esta acción fué la sustitución del Occidente por dinero y contra-

tistas comunistas; el resultado inmediato fué aún más sorprendente. Al volver de una visita al mariscal Tito de Yugoslavia, el presidente Nasser, en un inflamado discurso en Alejandría, el 26 de julio de 1956, anunció la nacionalización del Canal de Suez. Un estremecimiento de alegría corrió por los nacionalistas árabes, desde el Atlántico a la frontera persa; incluso el Gobierno hachemita del Irak, secretamente horrorizado por el aumento de prestigio que este golpe podría suponer para el presidente egipcio, se vió obligado por la fuerza del sentimiento árabe a enviar un telegrama de felicitación. Podía haberse esperado que el primer ministro británico, que abrigaba desde hacía tiempo la creencia de que el coronel Nasser era un Hitler de segunda fila en cuyas palabras no podía confiarse, estaría preparado para dicha eventualidad, desde el momento de la evacuación de la zona del Canal. En realidad, no se había hecho ningún preparativo para una intervención militar; en aquel entonces podía recurrirse únicamente a la intransigencia verbal. Se vió pronto con claridad que el Gobierno de los Estados Unidos era totalmente opuesto al empleo de la fuerza. Mr. Dulles se lo hizo ver claramente a sir Anthony, por medio de una serie de evasivas y acciones dilatorias que el primer ministro británico encontró profundamente enojosas. En el primer momento del embargo, todos los árabes hubiesen comprendido, sin duda, una inmediata reacción por la fuerza de Inglaterra; la acción hubiese despertado un eco de comprensión en muchos corazones árabes, y al menos a escondidas hubiese sido bien recibida por un buen número de Gobiernos árabes. Pero al pasar las semanas sin tal reacción cambió la postura. Si los británicos empleasen la fuerza armada algunas semanas más tarde, los árabes lo considerarían como agresión; ningún gobierno árabe podría resistir la fuerza de la opinión popular. El príncipe iraquí de la corona, Abdulilah, antiguo regente y todavía poderoso tras el trono, respondió agudamente al coronel inglés De Gaury, quien defendía el proyecto de eventual acción inglesa, que «no es una cuestión de meses para nosotros, sino de semanas», y simultáneamente De Gaury añade, Nuri «presionó desesperada y constantemente para que se actuase contra Egipto». Mientras tanto, las negociaciones se hacían interminables. Una propuesta española para una solución de compromiso se rechazó en seguida, aunque sus méritos parecían considerables; sin embargo, hacia el 10 de septiembre de 1956, la crisis parecía ir desapareciendo. Por la mediación de las Naciones Unidas se aceptaron una serie de principios que dieron las bases de un arreglo pacífico. En este momento entró en juego un nuevo factor: el Gobierno francés, presidido por Guy Mollet. Durante largo tiempo, éste había compartido el odio del Gobierno israelita

hacia el presidente Nasser. Provenían sus sentimientos de la creencia de que un mundo árabe unido supondría la terminación del régimen francés en Argelia, del mismo modo que los israelitas temían que constituiría el fin del sionismo político. Igual que los israelitas, se convencieron a sí mismos de que el nacionalismo árabe no era la fuerza más extendida y una de las más poderosas del mundo árabe, sino una agitación artificial fomentada por el actual Gobierno egipcio. Por esta razón habían comenzado a apoyar a Israel con su diplomacia y sus armas. Por fin, dijo el primer ministro israelí, Mr. Ben Gurion, «tenemos un auténtico aliado». Dándose cuenta de las tirantes relaciones entre Egipto y el Occidente, el Gobierno de Israel decidió que había llegado el momento para un ataque masivo a la península del Sinaí, desde lo que constituía en realidad la fortaleza sitiada y bloqueada de Israel. Un éxito completo daría el control sobre esta zona; un éxito parcial podría asegurar la rotura del bloque del Golfo de Sinaí y el derecho para los barcos israelitas de pasar a través del Canal de Suez, hasta entonces no admitidos por Egipto en base a que el armisticio suponía el estado de guerra y no de paz. Todavía no está claro hasta qué punto concreto sir Anthony supo de estos planes y hasta donde los aprobó realmente. Lo cierto es que cuando los israelitas lanzaron su ataque el 29 de octubre, la mayoría del Consejo de Seguridad aprobó la resolución de ordenar a los israelitas que volviesen tras las fronteras del armisticio, lo que Inglaterra y Francia se habían comprometido a mantener inviolado en el pacto tripartita. Si Inglaterra hubiera apoyado en este momento a la mayoría del Consejo de Seguridad en su condenación de la agresión y ordenado a las tropas británicas, como las que podían emplearse con más rapidez para que se cumpliesen las órdenes del Consejo de Seguridad, la posición británica en el mundo árabe se habría transformado instantáneamente. Podría haber sido incluso fácil negociar un arreglo de la disputa del Canal de Suez, aceptable para el Gobierno de sir Anthony. Su decisión fué bastante diferente. Por primera vez en la historia, el delegado británico en las Naciones Unidas opuso su veto a una recomendación del Consejo de Seguridad, como también lo hizo Francia. Con consultas mínimas de sus colegas y de los departamentos implicados, el primer ministro, juntamente con Francia, deliberó sobre un ultimátum asombroso. Exigía éste la retirada de las fuerzas egipcias e israelitas de una distancia de diez millas a partir del Canal (al que todavía los israelitas no se habían acercado prácticamente nada) y amenazó con intervención militar si no se aceptaba el ultimátum en doce horas. Los resultados son perfectamente conocidos. Los egipcios rechazaron un ultimátum que habría suprimido cualquier esperanza de refuerzos o de comunicación terres-

tre con Egipto para sus fuerzas en el Sinaí. Las fuerzas británicas, como consecuencia, bombardearon los campos de aviación egipcios y una fuerza anglofrancesa desembarcó en Port-Said y avanzó hacia Ismailía. Con la opinión británica violentamente dividida y enfrentándose con una oposición de alcance mundial, incluyendo una muy indignada del Gobierno de los Estados Unidos, ardientes amenazas soviéticas y una Commonwealth asombrada, el primer ministro, cuando las fuerzas anglofrancesas necesitaban solamente unas pocas horas para ocupar toda la longitud del Canal, aceptó un alto el fuego hasta la llegada de una fuerza de los Estados Unidos, que penetraría según las fuerzas anglo-francesas se iban retirando. En lugar de «derribar a Nasser de su pedestal», como sir Anthony había dicho al mariscal de campo Montgomery, el resultado fué el bloqueo del Canal, la interrupción del aprovisionamiento de petróleo, la voladura de los oleoductos que traían el petróleo iraquí a través de Siria, la pérdida final de cualquier esperanza de obtener ninguna de las peticiones británicas sobre el Canal, la cancelación de los derechos de restablecimiento en caso de agresión en el Oriente Medio y la pérdida de decenas de millones de libras de los almacenamientos en las bases del Canal. En todo el mundo árabe, los amigos de Inglaterra tuvieron las mayores dificultades para resistirse a las demandas populares de completa ruptura. En Jordania, un Gobierno nacionalista recomendó la denuncia del tratado anglojordano. Reacciones más tardías fueron el viraje a la izquierda en Siria, únicamente detenido por la formación de la República Árabe Unida; la intensificación de la lucha entre los prooccidentales y los nacionalistas árabes en Líbano, que condujo a algo semejante a la guerra civil; y la completa derrota del presidente libanés Camille Chamoun, fuertemente prooccidental. El 27 de diciembre de 1956, el Gobierno egipcio declaró que en adelante cooperaría estrechamente con la Unión Soviética para impedir la guerra. Finalmente, en el verano de 1958, el régimen hachemita del Irak, durante tan largo tiempo piedra maestra de la política británica, fué hundido en el olvido por una revolución en la que Nuri al-Said, el príncipe de la Corona Abdullilal y el inofensivo rey Faisal II fueron brutalmente asesinados. El momento de la operación de Suez y su ejecución, juntamente con el claro caso de la agresión israelita, parecía haber sido escogido con el propósito de provocar la máxima oposición árabe posible y de hacer perder a Inglaterra todas las simpatías que la toma del Canal le había dado en el Occidente y en otros lugares. Tuvo también un resultado tan desastroso como fué el de distraer la atención de la represión soviética de la revolución nacional de Hungría. Aunque el deseo de tener un pretexto para marcharse de Egipto se

había extendido en los círculos oficiales y militares desde hacía largo tiempo, y los preparativos para la ocupación del Canal efectuados, el momento y el modo de llevar a cabo la operación fué debido a la iniciativa personal del primer ministro. Creyendo con los franceses que la influencia del presidente Nasser era fundamentalmente producto artificial de una inteligente propaganda radiada, se propuso derrocarlo por una propaganda de radio contraria, acompañada de la acción militar. La campaña de radio iba a ser dirigida desde la radio controlada por los ingleses, conocida como *Sharq al-Adna*, en Chipre, pero hubo una falta de previsión tal que cuando, como era de esperar por las circunstancias, todo el personal árabe presentó la dimisión, no se tomó ninguna medida para sustituirlo. Así, la denominada *Voz de Inglaterra* se redujo a música. Al interrumpir las operaciones militares antes de que se ocupase el Canal, el primer ministro ofendió a los partidarios británicos de la operación tanto como su comienzo había molestado al resto de la opinión pública. Tanto se pensó que el asunto se debía a la exclusiva responsabilidad del primer ministro que su dimisión fué aceptada como reparación suficiente y el mismo cuerpo ministerial, bajo un nuevo primer ministro pero incluso todavía con el mismo ministro de Asuntos Exteriores, ganó pronto una notable popularidad.

CONCLUSIÓN

Algo bueno surgió, sin embargo, para Inglaterra de todo esto. El despliegue del poder británico, empleado con éxito en cuanto al aspecto militar se refería, recordó al Oriente Medio que Gran Bretaña era todavía una formidable potencia, aun cuando ya no tenía el lugar que había ocupado en algún tiempo. En el terreno político la operación señaló el fin de una época de frustración. El anhelo secreto de una restauración por la fuerza de la antigua posición británica en el Oriente Medio se desterró finalmente. En el futuro, Gran Bretaña ejercería una fuerte influencia, pero aparte de esto no podría tomar parte en los asuntos internos ni en las disputas entre los Estados árabes. La retirada parcial haría posible una mayor aproximación del punto de vista británico al americano, y minimizaría el furioso elemento de resentimiento por el control americano de la industria petrolífera en Arabia Saudita y la sustitución de Gran Bretaña por los Estados Unidos como ayudante financiero de Jordania.

Desde Suez, se han llevado a cabo con éxito dos intervenciones británicas. Cuando el remolino provocado por la revolución iraquí podía haber barrido

el régimen jordano juntamente con el del Irak, el envío de soldados británicos a Amman, en respuesta a la petición del Gobierno jordano, no dejó de ser bien recibido en aquel Estado por muchos ciudadanos respetuosos de la ley, que se habían visto desilusionados por la creciente anarquía que siguió a la llegada al poder de un régimen nacionalista, del que al principio se habían esperado grandes cosas. Incluso podía no haber sido mal recibido por el Gobierno revolucionario del Irak, ya que ayudó a mostrar las posibilidades de un intento de innovación por parte del joven rey, con la esperanza de vengar el asesinato de su primo. Un éxito semejante tuvo el envío de fuerzas británicas a Kuwait en julio de 1961, a petición del chej; el resultado fué la transferencia a la Liga Árabe de la responsabilidad de impedir la anexión del rico chejenato por un Estado árabe sin el asentimiento de los otros. En la disputa que estalló entre Egipto e Irak, Inglaterra salió beneficiada por adoptar un papel de solícita neutralidad. Hoy, Inglaterra es importante únicamente donde estaba en el período anterior a la ocupación de Egipto, en Aden, la única base político-militar actual de Gran Bretaña en el mundo árabe, en el protectorado de Aden, y los pequeños chejanatos que bordean el Golfo Pérsico. La operación de Kuwait ha sentado un precedente para desentenderse de éstos, en caso de que se hiciera necesario. En el protectorado de Aden se ha persuadido a los numerosos pequeños principados para que formen una federación, con la que se asociarían a la ciudad-colonia de Aden, transformada, ahora, de un maldito pueblo de pescadores de 1893, en el mayor puerto de aprovisionamiento de carbón del mundo. La federación podría, quizás, ocupar un puesto como unidad independiente en el mundo árabe o incluso relacionarse con el Yemen, en caso de que este reino adquiriera una administración moderna aceptable para los árabes; la misma Liga Árabe ha aprobado un plan para su futuro. Los suministros de petróleo están garantizados no sólo por la fuerza política o militar, sino por el hecho de que el Occidente es el mejor e irremplazable cliente de los árabes.

En líneas generales, la administración británica tiene muchas razones para estar orgullosa en el Oriente Medio. Hizo nacer dos Estados completamente nuevos, el Irak y el Sudán, creando sus bases económicas y administrativas. Desarrolló la riqueza petrolífera del Irak y de Kuwait, y las riquezas agrícolas de Egipto y del Sudán. Puede ser que un tercer Estado, Jordania, que fué peculiarmente creación de la influencia y los intereses británicos, como su mal dispuesto pariente Israel, tenga, quizás, menos permanencia. Sin embargo, ha contribuído a la prosperidad y al desarrollo de la zona. La creación del hogar nacional judío en Palestina, aún desastroso para las:

relaciones británicas con el mundo árabe y con los árabes de Palestina, fué técnicamente una notable realización. Siria y Líbano están en deuda con Inglaterra por haber obtenido su independencia, sin un posterior período de lucha, a fines de la segunda guerra mundial. Más difícil es enumerar las realizaciones británicas en Egipto. No hay duda que un Estado en bancarrota se transformó en uno solvente por la administración británica. Egipto era, sin embargo, un Estado mucho más desarrollado en el momento de la ocupación y es uno de los que debe mucho más que los otros Estados árabes a las influencias internacionales, opuestas a la puramente británica. A pesar de los éxitos en el terreno material, tales como los grandes pantanos, la abolición de las servidumbres personales, la contribución a la educación y a la administración, la extensión de los medios usuales de comunicación del mundo moderno, la lengua inglesa y la notable buena voluntad personal hacia el pueblo inglés, aunque no a la política, es necesario admitir un grado sustancial de fracaso político. Considerándolo desde el punto de vista de 1962, el fracaso de Inglaterra para liquidar su posición en el Oriente Medio de la manera fácil y amistosa con que lo hizo con sus posiciones en Asia y en Africa exige claramente una explicación. La retirada del Oriente Medio ha sido desagradable, acompañada con golpes crueles para la estima británica y con el asesinato de sus mejores amigos árabes y de aquellos de quienes simplemente se sospechaba que tenían compromisos de buena voluntad con Inglaterra. Algo tiene que deberse a la ambigüedad del status británico con respecto al mundo árabe; en Egipto surgió éste de una indefinida prolongación de lo que se presentó a los egipcios como una ocupación temporal; y en los otros Estados árabes de la prolongación de una tutela británica que se les mostró como liberación de sus opresores turcos. El Gobierno británico, aun superior al régimen precedente en los aspectos técnicos de gobierno, fué diferente, en el sentido de que el régimen turco no había sido por religión, cultura o por su buena disposición, opuesto a aceptar a los árabes en la vida social y en los altos puestos del Ejército y la administración turca. Cuando Inglaterra se retiró de la India hubiese sido también lógico que se retirara de una zona que había ocupado para proteger sus comunicaciones con la India. La guerra fría y la nueva importancia del Oriente Medio como zona petrolífera pesaron en contra de ello. Algo hay que atribuir también a la creencia británica, después de la segunda guerra mundial, de que sus buenos amigos y aliados, los hachemitas, eran todavía los más auténticos representantes de las generaciones árabes contemporáneas, como lo habían sido cuarenta años antes. Sin embargo, no se puede por menos de pensar que todas

Estas dificultades se habrían superado y se habría encontrado una solución al problema, de no haber sido por la amargura que surgió en las mentes árabes contra el establecimiento del hogar nacional judío en Palestina, y el engaño de la opinión pública británica por cuarenta y cinco años de propaganda sionista, dada diariamente en casi todos los órganos de opinión que constituían la directriz del pueblo.

La manera peculiar en que se realizó la liquidación final fué debida, hemos sugerido, fundamentalmente a la acción del primer ministro británico, directamente relacionado con ello. Pero sería erróneo exagerar la influencia de una sola persona en un acontecimiento histórico importante; únicamente podrá ejercer tal influencia en cuanto lo permitan las circunstancias. Sir Anthony representó un punto de vista mantenido en amplia escala. Puede ser que, a la larga, este perfecto fracaso resulte más favorable para la reconciliación anglo-árabe, que habría resultado una expedición mejor organizada si un éxito parcial hubiese retrasado el arreglo final.

NEVILL BARBOUR